

Mientras yo meditaba en la Escritura para hoy, recordé una conversación que nuestra hija mayor, Joy, nos contó después de su regreso de la enseñanza en una escuela misionera en África. Las hermanas de Notre Dame de Francia y el sacerdote en esa parroquia africana incluyeron a Joy en sus tiempos de oración y en la misa de la mañana. Joy participaba activamente en la parroquia, entre otras cosas enseñando en la Escuela Bíblica de Vacaciones y tomando la comunión a los ancianos que no podían asistir a la misa. Hacia el final de su estancia allí, Joy estaba hablando con una de las hermanas, de quien se sintió especialmente cerca. Ella le dijo a la hermana que se sentía como si no había logrado nada durante su tiempo en África; había hecho tan poco y no podía ver ningunos cambios como el resultado de su enseñanza y su ministerio a la gente. La hermana le dijo a Joy, «Tú has estado aquí tan poco tiempo que tú no puedes ver el crecimiento. Yo he estado aquí un largo tiempo y, al mirar hacia atrás sobre veinte años pasados, veo mucho crecimiento». En efecto lo que la hermana le estaba diciendo a Joy fue que en un período de dos años Joy no sería capaz de ver el crecimiento de las plantas o la cosecha de la semilla que ella había sembrado.

Nuestras selecciones en la primera lectura y el Evangelio son parábolas, ambas usando las aves y las plantas que la gente de la época conocería bien. Los cedros del Líbano eran legendarios como los árboles más altos conocidos, y era una práctica común de los profetas referirse a un pueblo como plantas—por ejemplo, robles, vides, higueras, y, por supuesto, cedros del Líbano. El profeta Ezequiel provee un contexto para que la parábola sea clara. El rey de Judá ha roto su juramento al rey de Babilonia y a Dios, de modo que el Señor proclama la inminente destrucción de Judá. Como a menudo hicieron los profetas cuando profetizaron peligro y destrucción, sin embargo, Ezequiel no dejó a la gente sin esperanza. La parábola del cedro contiene ese mensaje de esperanza, hablado en una parábola de modo que el enemigo no pudiera captar su significado. Aunque el rey de Judá es llevado a Babilonia y al pueblo dispersado, Dios humillaría «los árboles altos y [elevaría] los árboles pequeños.» Además, «En él anidarán toda clase de pájaros y descansarán al abrigo de sus ramas». En efecto, el profeta le dice a la gente en una parábola lo que Jesús dirá en los años que vendrán: «Fíjense en las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, no guardan alimentos en granero, y sin embargo el Padre del Cielo, el Padre de ustedes, las alimenta. ¿No valen ustedes mucho más que las aves?» (San Mateo 6:26) y «¿Acaso un par de pajaritos no se venden por unos centavos? Pero ni uno

de ellos caen en tierra sin que lo permita vuestro Padre. En cuanto a ustedes, hasta sus cabellos están todos contados» (San Mateo 10:29-31).

La parábola del cedro en la primera lectura está emparejada con la parábola del arbusto de mostaza en el Evangelio. No hace falta decir, la mostaza, aunque puede crecer de seis-a veinte-pies de alto con una extensión de veinte pies, no fue considerado tan majestuoso como fue el cedro del Líbano, y su semilla fue «la más pequeña de las semillas». Aun así, una diminuta semilla de la mostaza «crece y se convierte en el mayor de los arbustos y echa ramas tan grandes, que los pájaros pueden anidar a su sombra». Jesús usa los pájaros aquí de la misma manera que los usa el profeta Ezequiel. Dios valora a los seres humanos muy por encima del resto de su creación. Después de todo, él nos hizo en su propia imagen. No importa cuan poco sentimos o cuan desesperado el futuro parezca, tenemos un Dios que cuida. Y la semilla sembrada ahora germinará y crecerá «y la tierra, por sí sola, va produciendo el fruto». Antes de que nuestra hija Joy volvió de África, habló con la Hermana acerca de cómo desanimada ella se sintió sobre el resultado de su ministerio y enseñanza. La Hermana podría haber llamado su atención a las palabras de San Pablo a los Corintios: «Yo planté, Apolo regó, pero el que hizo crecer fue Dios. De modo que el que planta no es algo ni tampoco el que riega, sino Dios que hace crecer» (I Corintios 3:6-7). El Papa Francisco en una homilía matutina nos recuerda lo que el profeta y Jesús proclamaron hace años: Dios le dijo a su pueblo que él los había escogido, no porque ellos fueron grandes o poderosos, sino porque eran los más pequeños de todos, los más pobres de todos (ver Deuteronomio 7:7). Entonces el papa explicó que Dios está verdaderamente enamorado con esta pobreza, con esta pequeñez. El profeta Isaías nos asegura,

. . . los que en [Dios] confían recuperan fuerzas,
Y les crecen alas como de águilas.
Correrán sin fatigarse
Y andarán sin cansarse (Isaías 40:31).

Y así, oramos, Señor, tome lo poco que somos y lo poco que hacemos y úselo para el bien de su gente y para tu gloria. Amén.